El nazismo como fascismo "auténtico"

ARTICCLE: Àmbit de Recerca i Trobades Interdisciplinàries sobre Cultura Política Contemporània a Llatinoamèrica i Europa.

Ferran Gallego (Universitat Autòroma de Barcelona)

Resumen / Resum / Abstract

El artículo reflexiona sobre la equivalencia entre fascismo y nazismo. Presentando un avance del ensayo: Del fascismo al nacionalpopulismo. El discurso de la extrema derecha. */ L'article reflexiona entorn l'equivalència entre feixisme i nacisme. Tot presentant un avenç de l'assaig: Del fascismo al nacionalpopulismo. El discurso de la extrema derecha. / The article focus on the equivalence between fascism and Nazism. Presenting an advance of the trial: Of The fascism to the national populism. The speech of the right extreme.*

Palabras clave / Paraules clau / Key Words

Europa, fascismo, nacismo, nacionalpopulismo. */ Europa, feixisme, nacisme, nacionalpopulisme. / Europe, fascism, nazism, national populism.*



Introducción

1. Quisiera plantear aquí algunas consideraciones acerca de la equivalencia entre fascismo y nazismo. Más aún, defender una opción que, a pesar de su apariencia, está alejada de algunas reflexiones muy mecanicistas del "antifascismo en su época", en especial las que procedían de la ortodoxia de la Tercera Internacional. Los argumentos son parte de un ensayo mucho más extenso, que estoy a punto de concluir: *Del fascismo al nacionalpopulismo. El discurso de la extrema derecha*; un ensayo que trata de plantear la lógica de esta corriente en el periodo 1870-2000. La hipótesis básica de esta parte del texto –cuyo sentido es hallar la esencia del fascismo a través de sus peripecias históricas concretas, es decir, partir de las diversas *manifestaciones* o *configuraciones* estéticas de su Ser para rastrear cuál es su material originario, su secuencia ontológica-, es que el nazismo es algo más que la *variable alemana* del fascismo. Como se sabe, este criterio ha sido negado desde diversos puntos de vista, que consideran la particularidad del nazismo arrebatándolo al fascismo genérico. Creo, sin embargo, que afirmar la simple *coincidencia* del nazismo con el fascismo no es suficiente, por lo menos al hacer del nazismo un "caso" más de un *fenómeno* asignado a un tiempo y a un espacio concretos. La afirmación que me parece más acertada es la que profundiza en esta inserción del nazismo en el fascismo, pero haciendo del nazismo el fascismo *auténtico*. Con ello quiere expresarse que, en términos de modelo, pero *también en la experiencia* vivida socialmente, el nazismo fue la *puesta en escena* más fiel al texto originario del fascismo. El argumento ideológico fascista nunca se expresó con tanta claridad como al *pronunciarse* en los espacios de identificación simultáneos de Nuremberg o Auschwitz, verdaderos indicadores de la pertenencia o exclusión absolutas del Ser Comunitario.

2. Algunas de las afirmaciones que aquí se realizan, en especial las que se refieren a la conexión entre el fascismo y la crisis cultural que desembocará en la Gran Guerra, hallan referencias amplias en el texto. Sin embargo, creo que los elementos que se sitúan aquí tienen una cierta legitimidad reflexiva propia, al actuar sobre uno de los aspectos que han estado centrando el debate entre historiadores. El otro debate, el que corresponde a la continuidad o ruptura entre el fascismo clásico y los actuales movimientos de la extrema derecha europea, se ha desenvuelto con mayor comodidad y frecuencia en los territorios de la ciencia política. No me parece que esta última circunstancia sea la mejor, en la medida en que ambas disciplinas sólo pueden empobrecerse si actúan por separado, pero es una evidencia de la que hay que tomar nota y salir al paso de los problemas que puede causar tanto para interpretar la propia naturaleza del fascismo de entreguerras como el carácter de los movimientos nacional-populistas de la derecha radical de nuestros días. De momento, propongo sólo la reflexión en los términos en que ha interesado a nuestro ámbito, a pesar de considerarlos insuficientes.

La norma de la excepción

3. El fascismo se integrará en una fase de renovación de la vida política Europea, de una reconstrucción que rebasa la simple restauración física de una sociedad diezmada económica y demográficamente por las fuerzas destructivas del conflicto bélico. Las divergencias históricas van creando espacios nacionales donde el mismo espíritu alienta concreciones distintas, algo que permitirá a los historiadores fragmentar la experiencia fascista hasta el punto de referirse a la “alergia” de Francia a este fenómeno, mientras se separa cuidadosamente el nacionalsocialismo alemán del episodio mussoliniano. Resultaría demasiado cómodo responder a esa fragmentación con una nueva distinción de campos nacionales, al examinar el mayor o menor éxito de la extrema derecha nacional-populista de nuestros días, cuando el éxito social y electoral del Frente Nacional francés no puede ser respondido con opciones paralelas en Alemania, mientras en Austria se manifiesta una cálida expansión del etnoliberalismo sin coincidencia alguna con lo que sucede en otros territorios germánicos. Naturalmente, a ello se responde que estamos hablando *de otra cosa*, distinta a cualquier parentesco con el fascismo clásico y, por tanto, sin puntos posibles de comparación y, menos aún, sin referencias genealógicas estimables. ¿Será preciso volver a indicar que la experiencia de la Colaboración en Francia a partir de 1940 sólo puede explicarse a través de la fuerte impregnación nacional de una cultura antidemocrática *previa* a la derrota frente a Alemania? ¿Será preciso detallar las distintas longitudes de onda por donde se ramifica una misma percepción de la crisis definitiva del liberalismo? ¿Será preciso señalar de nuevo que la multiplicación de las organizaciones, de las dirigentes, de las publicaciones, hasta formar una frondosa muchedumbre de caudillos y movimientos, afirma la existencia de un campo en lugar de desmentirlo? La falta de unidad del fascismo francés en torno a un líder carismático no expresa más que las dificultades de plasmación de un proyecto, no la *ausencia* de un estado de ánimo difuso, tan disperso en la sociedad como la misma pluralidad en que trata de encarnarse. Los analistas que niegan la existencia de un fascismo francés achacan a quienes advierten de su potencia en los años treinta de realizar una proyección anacrónica, que parte de los compromisos y oportunismos de la Colaboración para cosificarse en la crítica a la Tercera República en los lustros precedentes. Sin embargo, a tal aseveración podría responderse con el mismo instrumento utilizado por los críticos: ¿no serán ellos, justamente, quienes lanzan hacia el pasado un presunto espíritu antifascista de la Resistencia que es, en realidad, un mero rechazo de la invasión alemana, mucho más que un desacuerdo con la abjuración de la democracia realizada por los invasores? El drama de los colaboracionistas no es menor que el de los resistentes, aunque su prestigio y

su apreciación moral sean diversos. La elección del campo en la Segunda Guerra mundial no parte de las elecciones afectivas hechas en la agonía de la Tercera República, sino de las adscripciones que provoca la humillación y la desaparición de la soberanía nacional.

4. De una forma aún más intensa, la separación entre el fenómeno mussoliniano y la experiencia hitleriana plantea la inversión de lo que realmente debería ofrecernos los mejores recursos de valoración del fascismo, de alcance de su máxima profundidad, de visión de su propuesta de civilización alternativa a los principios de la Ilustración y de la democracia, mucho más allá que la mera estructura insitucional. Si el movimiento italiano es capaz de señalizar con bastante precisión los arrabales de la ciudad fascista, el nazismo llega a penetrar en los puntos neurálgicos de su centro urbano. Si el caso italiano nos ofrece una dilatada construcción de un escenario, trenzando meticulosamente las alianzas políticas, los compromisos de clase, los factores de adhesión de masas, el andamiaje corporativo, el caudillismo y el problema de la relación entre el partido y el gobierno, la fundamentación de un nuevo Estado, los rituales de reconocimiento del pueblo en el discurso nacional-populista; si el movimiento mussoliniano nos acerca con precisión a la orfebrería *política* del *régimen* fascista, el nazismo nos proporciona una versión más *depurada*, en todos los sentidos que adquiere esta palabra, incluyendo el siniestro campo de un higienismo que concluye en el exterminio. Pues, además de implicar la destrucción de las instituciones, el nazismo llega a fabricar, es decir, a *completar* el destino de un proyecto que consideraba la mutación inversora de los principios de la democracia: no sólo del engranaje de sus procedimientos, de sus fórmulas representativas, de su distribución de derechos, sino del mismo significado de la vida en sociedad.



5. El biologismo político nazi no fue la *excepción* racial del fascismo, sino la dotación de un precepto científico a lo que, sin él, resultaría una simple *opción*, una intuición convertida en anhelo colectivo. El racismo podía conectar mejor con las preocupaciones generadas por el mismo trayecto del progreso social, por los conflictos de clase, por la necesidad de interpretar la pobreza, por el deseo de regular las relaciones internas de un mundo complejo, por el ansia de proporcionar soluciones al problema social, contribuyendo a *poner orden*, a cauterizar las heridas abiertas por el caos de la modernidad a través de las terapias ofrecidas por la ciencia. El nazismo se perfecciona, así, como un esquema *saludable*, que devuelve la fortaleza a una comunidad aquejada de diversos síntomas de degeneración, cuyos signos más evidentes han sido la derrota, la revolución, la democracia y la crisis de fines de los años veinte. Podría creerse que esta identificación del nazismo con el fascismo lleva una objeción metodológica en su propia formulación: asignar una *carencia* al fascismo italiano, que resultaría el verdadero fascismo, en lugar de atribuir un *exceso* al nazismo alemán, que se alejaría de la propuesta fascista precisamente en lo que define al movimiento hitleriano, el racismo y el exterminio. Sin embargo, no se señala aquí que el fascismo italiano se frustrara, no se atreviera o no considerara la posibilidad de ese cumplimiento total, sino que, aun cuando no llegara a estar en el proyecto explícito de Mussolini, la *coherencia* antidemocrática del nazismo es mucho mayor, se resuelve en un terreno que fija un final de trayecto, no otro camino distinto, no una *desviación*. Considerar esos rasgos biologistas como una potencia que el fascismo italiano no llegó a considerar, lejos de violentar las intenciones de sus protagonistas, las sitúa en la complejidad del marco real en que se tomaban las decisiones políticas. Ese marco incluía predisposiciones ideológicas, avances en el terreno de la investigación y la difusión de la ciencia higienista, popularización del antisemitismo, incluso tradiciones jurídicas inspiradas en la capacidad de exclusión de la comunidad. Ese marco incluye, además, las dinámicas que proporcionan oportunidades y exigen actitudes, como pudo ocurrir en el caso de la guerra en el frente oriental. Y, por otro lado, cabría advertir de la necesidad de desvelar los elementos *raciales* que aparecen en un discurso civilizatorio del fascismo mussoliniano –o de otros fascismos-, tan presentes en

la glorificación de una raza, quizás no en un sentido estrictamente biologista, pero si en una aplicación cultural de superioridad que sirve para señalar los derechos del pueblo italiano sobre los del pueblo abisinio, o del colonialismo español y francés sobre los resistentes rifeños. El nazismo se genera en un marco más poroso a la influencia del biologismo político, en una sociedad más penetrada por la labor de institutos higienistas, en una cultura más contaminada por apreciaciones raciales a la hora de expresar sus temores o sus aspiraciones expansivas, a la hora de distinguir a los amigos y a los enemigos, a la hora de fijar los límites de la comunidad nacional-popular. Es en este sentido que puede señalarse el carácter de *profundización* del nazismo en la intimidad del proyecto fascista: por su capacidad, debida a las circunstancias de su ambiente, de *expresar* toda la potencia del núcleo antidemocrático laboriosamente edificado en la crisis cultural abierta en el último tercio del siglo XIX. Las otras opciones fascistas del periodo de entreguerras llegaron a *admitir* una profusión de factores racistas que no llegaron a constituirse en *generalidad* del movimiento. Muchas veces, canalizaron resonancias de un prejuicio arcaico, como el que podía manifestarse en algunos momentos del antisemitismo tan frecuente en la extrema derecha balcánica, y nada ausente de una normalidad ideológica en el fascismo latino, vinculada a la hegemonía del catolicismo y a la inserción cómoda de un antijudaísmo tradicionalista en las propuestas de una restauración integrista. Sin embargo, en la obra de autores franceses del siglo XIX, como el propio Taine, no se oculta una formalización racial del concepto de cultura como criterio de selección y de jerarquización de las civilizaciones. Y, en cualquier caso, ninguno de los fascismo fue totalmente ajeno a considerar una base *natural* en su rechazo del liberalismo o del socialismo, como lo prueba la obsesión franquista por considerar degenerados o anormales a quienes habían militado en los partidos de la izquierda.

6. Descuartizar el fascismo en el periodo de entreguerras no es sólo una opción académica, sino un esfuerzo por atenuar el episodio mismo, al arrancarlo de la realización nazi. Sin duda, extinguir el carácter fascista del nacionalsocialismo alemán, para señalar el desvarío hitleriano y exiliarlo del territorio en que residieron Franco, Mussolini, Codreanu o Doriot, pretende hacer de Auschwitz una exageración, una desproporcionada desdicha que afectó, incluso, a la misma “normalidad” del fascismo, presentándolo como una aberración en el propio linaje de esa familia. Sin tener el grado de forcejeo intelectual que supone arrebatar Auschwitz a la lógica misma del nazismo, esta presunción de inocencia o de rectitud del fascismo frente a su descendencia bastarda, el nazismo, ni siquiera se corresponde con lo que los mismos contemporáneos vivieron. No fue una casualidad ni un resultado exclusivo de la segunda de las guerras mundiales lo que convirtió al nazismo en la forma europea del fascismo, en su paradójica internacionalización. Esta ocasión permitió que este proceso se llevara a cabo con mayor eficacia, pero no lo determinó *en última instancia*, para utilizar la jerga que puso de moda el estructuralismo althusseriano. Lo que propició esta uniformización fue la convicción de los contemporáneos de que el nazismo expresaba una *culminación* incluso en su carencia de escrúpulos a la hora de emprender un conflicto bélico, algo en lo que Italia se había mantenido en una posición más prudente. Para los fascistas de los años cuarenta, la Alemania nazi pasó a ocupar el relevo de la Italia mussoliniana. Y lo hizo porque, en la propia dinámica ideológica del fascismo, la voluntad de poder manifestada por los actos creativos del Estado hitleriano era *consecuente* con la verdad última del fascismo, *se correspondían* con la necesidad del ser fascista, lo cumplían tan intensa y extensamente como el jacobinismo podía realizar a fondo los ideales de la revolución democrática: es decir, según las condiciones concretas de la época.

7. El intento de apartar el nazismo del fascismo procede de un largo esfuerzo intelectual para expulsar el fascismo de la experiencia cultural europea, algo que tiene que empezar, precisamente, por el abordaje a lo que se presenta como *excepcional* ruidosamente,

espectacularmente, en campañas de medios de comunicación de masas destinadas a convertir la masacre centroeuropea como algo que afectó solamente o principalmente a la minoría judía. Eso, como veremos, no sólo desnaturaliza la esencia del nazismo, reduciendo su proyecto racial al tema sin duda crucial y específico del antisemitismo. Sirve, además, para desalojar el nazismo de cualquier otro episodio de la extrema derecha europea que no se haya definido su antisemitismo en los términos esencialistas y biologistas en que lo hizo en nacionalsocialismo, olvidando aquellos aspectos raciales presentes en otros modelos fascistas, a los que ya nos hemos referido. Por otro lado, esa estrategia interpretativa quiere establecer una aceptación de un fascismo alejado del racismo y, por tanto, reducido a una posición autoritaria extrema, que se definiría en términos de un control social ejercido en el marco de una negación de los derechos declarados por el liberalismo. El fascismo aparecería, así, más como una simple *reacción* frente a la democracia en términos procedimentales, que como un proyecto de fabricación de un escenario social completo, como una cultura fundacional de la sociedad moderna, como una alternativa a las propuestas de cohesión y legitimación planteadas por los principios del 89. El fascismo podría definirse como una abjuración más que como un dogma, como un descreimiento más que como una fe. Procediendo de las dificultades morales para hacer encajar en fascismo en la lógica de la modernidad, en la dinámica aceptable de una equivalencia entre modernización y democracia, esa posición acaba decretando que nunca entendamos las verdaderas razones que hicieron *apasionante* el fascismo para muchos, y de suma *funcionalidad* para quienes mejor observaron sus factores positivos, su íntima relación con el proyecto de una sociedad que fuera, al mismo tiempo, moderna y antidemocrática. Y que, desde luego, no fuera un simple estado de excepción, destinado a concentrar los mecanismos de control social en un régimen autoritario transitorio, hasta que se resolviera la aniquilación de los elementos turbadores de la democracia. Fue, por el contrario, una opción aceptada por sus seguidores como la entrada en una nueva fase de la historia moderna, caracterizada por la retirada de los engranajes anquilosados del liberalismo y su sustitución por el ensamblaje más seguro y homogéneo de la comunidad nacional-popular.



8. Esta visión de una Derecha Radical que se despliega en forma de fascismo, y de un fascismo que adquiere sus rasgos más extremos y, por tanto, más auténticos –lo que habría llegado a ser todo fascismo sin las objeciones ambientales que se producían en lugares distintos a Alemania- en el nazismo tiene que ver con la afirmación de ese proyecto de la Derecha como normalidad, como camino a seguir permanente, como dirección a tomar para realizar una cultura. Supone rechazar la contingencia del fascismo en el desarrollo de nuestra historia. Y, sobre todo, implica darle carta de naturaleza, es decir, *identidad* en el marco de una configuración de la sociedad industrial del siglo XX. Tal tarea no puede hacerse en los límites estrictos de lo ocurrido en la pretendida *época del fascismo*, como he intentado demostrar, si no es a costa de arrebatarle al movimiento fascista sus factores genéticos, algo que no se refiere a simples precedentes, sino a los más profundos elementos de una herencia, que se contiene y se desarrolla en la propia vida autónoma, decidida y libre del fascismo del periodo de entreguerras. A no ser que aceptemos que la referencia al término fascista no tiene aspiraciones reduccionistas, sino de recapitulación sobre las diversas maneras de presentarse una cultura antidemocrática, que pudo expresarse en toda su plenitud, adhesión de masas y abierta manifestación de sus propósitos en los años comprendidos entre 1919 y 1945. Una visión que, necesariamente, tendrá que comprender los movimientos nacional-populistas de nuestro tiempo estableciendo una relación protegida contra mecanismos primarios de identificación y contra los interesados criterios de extrañeza absoluta, de *novedad* en un sentido de falta absoluta de parentesco. La *anomalía* nacional-populista puede, así, justificarse en los mismos términos en que se presenta la anomalía fascista: como descargas de una corriente cuya fuente de energía es distinta, cuya potencia es desigual y cuya aplicación al orden social será diferente. Y, en ambos

casos, se tratará de algo que procede del exterior de nuestra civilización: una agresión que nunca debe contemplarse como criterio, sino como delirio. Nunca como opción, sino como advertencia sintomática de un cortocircuito. Un apagón cultural que habrá de repararse, pero nunca la oscuridad antidemocrática en la que sólo podrán orientarse quienes dispongan de los recursos visuales adecuados.

9. Una percepción del fascismo en términos que superen su carácter meramente reactivo, de pura negación de la democracia, implica situar esa propuesta en la línea de flotación de la democracia, mas en un sentido mucho más agresivo que el supuesto por ciertas tradiciones de la izquierda. Reducir el fascismo a una contrarrevolución episódica, hacer de él una mera respuesta a los avances de movimientos transformadores, *imaginarlo* como una interrupción de la historia fijado al momento de máxima tensión revolucionaria, debilita la apreciación del fascismo. Esa aparente mayor dureza con la que se juzga se evapora en la flaqueza del análisis. La abrumadora sentencia que se desploma sobre sus hombros, expulsándolo del lugar de las ideas, para hacer de él una mera efusión de violencia en defensa de intereses tradicionales, quiebra las virtudes de un examen más atento a lo que el fascismo ofrecía como alternativa y no sólo como reacción. El ajuste analítico no suaviza las responsabilidades, no ablanda la repugnancia y ni siquiera supone la aceptación de un idealismo ajeno a los proyectos de los sectores sociales que apoyaron esta opción. Por el contrario, implica una mayor dotación de recursos para reconocer, en esa experiencia, la expresión más firme de una cultura antidemocrática capaz de generar amplios espacios de adhesión popular, de complicidad de las elites económicas e intelectuales, de ganar en el terreno de la fuerza, pero también de fascinar en el campo de las ideas y de las vivencias. Hacer del fascismo un fenómeno, una forma ideológica con dinámica propia, supone su inserción en una alternativa a los principios de la revolución francesa que pudo inspirarse en la fundamentación de la desigualdad, en el rechazo de la libertad individual y en la asignación de un principio comunitario excluyente al discurso nacionalista de fines del XIX. Pero, además, supone constituir un terreno de comprensión más amplio, que señale la viabilidad del fascismo, incluyendo la realización del exterminio, al hacerlo coincidir con una manera precisa de entender las relaciones sociales en plena racionalización industrial. Hacer del fascismo ese producto de la crisis de la modernidad y, al mismo tiempo, entenderlo como otra forma de organizarla, es situarlo en su época de una manera más auténtica, más realista, más compleja, capaz de entender los elementos de compromiso con los sectores humildes que tuvo el fascismo, de sincera oferta de un nacional-populismo presentado como *inclusión* de los marginados. Supone entenderlo, al mismo tiempo, como instrumento de *esas mismas capas* y de los sectores de mayor solvencia económica para recluir la democracia liberal en el pasado. Supone entender la base de sus alianzas sociales a través de la comprensión de su mitología y del estudio de sus medidas políticas. Y ello sin hacer, porque introduciría falsas perturbaciones en el análisis, una distinción tajante entre ideología y política, entre los factores culturales de integración y la puesta en práctica de agresiones a los derechos individuales y a las condiciones de vida de las clases populares. En primer lugar, porque esa distinción debería considerarse en cualquier otro proyecto político del siglo XX, incluyendo los que proceden de una revolución socialista, algo que suele practicarse menos, o que se hace con una exquisita benevolencia con las ideas, para abalanzarse luego con su defectuosa realización. Por otro lado, porque nos moveríamos en la presunción, tan confortable para la expansión del antifascismo convencional posterior a 1945, de que el fascismo alcanzó algún grado de adhesión de masas a través de procesos de manipulación, de hipnosis propagandística o de histeria colectiva, pero nunca porque quienes siguieran esa senda pudieran corroborar sus exigencias comunitarias en la utopía fascista. Y, por último, porque deberemos afrontar un hecho, nada agradable para una concepción falsificada de nuestra *forma de ser* moderna: los mecanismos de abdicación de la ciudadanía de *todo* el pueblo; su sustitución por

inmersiones en destinos comunitarios orgánicos; la búsqueda de vías de identificación radical que implican la exclusión de minorías y la posibilidad de que esa dinámica conduzca al exterminio planificado; todos estos elementos de reconocimiento del propio lugar en la sociedad, de sus criterios de regulación y del destino mismo de la vida colectiva fueron factores aceptados como gestos parciales de un amplio movimiento popular, que trató de fijar una trayectoria *al servicio de la modernidad* y al margen de los principios democráticos que acostumbramos a considerar inseparables de la misma.

10. Por consiguiente, establecer la naturaleza del fascismo es algo más que comprender compasivamente cómo fueron estafados tantos y durante tanto tiempo: es darle un significado en la dinámica del siglo XX que supere el juego permutatorio en el que los principios cohesionadores del fascismo van siendo delatados como una farsa, como un camuflaje cínico, como una capa de vegetación ideológica que cubre el cementerio del humanismo contemporáneo. Es proporcionarle un lugar como cultura *que podía haber ganado*, que podía haberse impuesto por la fuerza a sus adversarios, de la misma forma en que fue vencido en un episodio militar –es de suponer que por su inferioridad logística y no por su abyección ideológica-, y que podría haber normalizado sus valores antidemocráticos con la misma tenacidad con que los vencedores lograron *desfigurar* el fascismo. Y esta *deformación* provocó la dificultad para reconocerlo, *entonces y ahora*, al haberlo convertido en un espasmo sin moral alguna, en un mero acto reflejo, en una enajenación de la conciencia extraviada, en un horror sin justificación causal, cuya misma exageración lo reduce a minúsculas proporciones en la tradición cultural europea, asignándole un espacio escueto, un desdichado arcén paralelo a las luminosas autovías de la democracia. El problema de ciertas actitudes fascistas es la astucia que puede tener el fascismo para usar la fuerza y el peso del adversario en provecho propio, como lo hacen algunas artes marciales orientales. Cuanta mayor corpulencia ciega destila el discurso antifascista, menos sentido de la orientación tiene para hallar los puntos cruciales del enemigo, y su empuje acaba siendo aprovechado por éste para escapar al golpe del antifascismo y bloquear la potencia de los demócratas. El descubrimiento de los factores de integración, de conformidad, de entusiasmo generados por el fascismo pone de relieve la excesiva ingenuidad y el procaz oportunismo de quienes permitieron el ascenso de la barbarie para refugiarse más tarde en una atónita complacencia ante su derrota. Nadie debería tener interés en fijar la irresponsabilidad de las elites, pero tampoco la falta de compromiso de amplias capas populares con aquellos regímenes. Y, sobre todo, nadie debería considerar demasiado útil apartar el cáliz del fascismo de la ferviente espera nocturna en el Getsemaní de la crisis de la modernidad, hace ya más de un siglo. Las víctimas de Auschwitz merecen otra cosa: merecen ser el recuerdo del cumplimiento de un proyecto coherente, de una propuesta de construcción de la modernidad que exigía su sacrificio, no convertir su muerte en una simple contingencia, en un accidente o una perturbación de nuestra atmósfera cultural. Junto a esas víctimas tantas veces contadas, tantas veces expuestas en documentales, tantas veces convertidas en protagonistas de una ficción horrenda, se encuentra el interés de la protección de la democracia en el futuro. Advertir del peligro de una reiteración. No de lo que el fascismo fue según la crítica más divulgada, sino de lo que realmente construyó para los millones de personas que creyeron en sus principios, y que hoy puede renovarse en discursos de exclusión radical, de identificación intransigente, de renuncia al universalismo y a los derechos individuales en favor de la omnipotencia de una comunidad imaginaria que necesita darse cuerpo y alma a través de los ciudadanos aterrados por las fracturas sociales de nuestro tiempo.

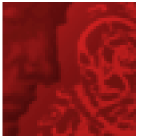


11. El nacionalsocialismo alemán expresa la plenitud del fascismo por motivos diversos, que no se refieren sólo a su *radicalización* –lo cual significa, en sentido estricto, el hallazgo de sus raíces, su relación exacta con la profundidad del proyecto fascista, su carácter de emanación

social del contenido íntimo del nacional-populismo de extrema derecha-, sino a la posibilidad de su maduración. Su consumación fue alcanzada gracias a las oportunidades históricas que le fueron concedidas, tanto las que suponían adversidades para su rápida llegada al poder, como las que luego ofrecieron una aparente facilidad para establecer las características plenas de su proyecto y las condiciones de su permanencia. No fueron éstas las circunstancias en las que otros fascismos desarrollaron su existencia. Mientras algunos, como el francés, el belga o el noruego sólo pudieron *liberarse* en las condiciones de la *ocupación*, otros, como el italiano, alcanzaron el poder a una velocidad que pudo debilitar su proceso de afirmación, su perfecta diferenciación de todo lo que no era fascismo, el desprendimiento de los materiales políticos y sociales que se habían agregado apresuradamente en el breve periodo del *dopoguerra*. Durante la República de Weimar, el nazismo pudo ir adquiriendo una consistencia propia, lentamente acumulada en una espera activa. Pudo ir construyendo su imagen a través de un proceso complementario de erosión de la democracia vigente y de edificación de una alternativa visible en sus márgenes. Su carácter de negación del orden institucional pudo ser vivido, socializado, dispersado en un escenario sujeto a las tensiones y carencias de un régimen constitucional que verificaba cada vez con menor intensidad sus principios declarados. Pudo convertirse en un movimiento de masas con una extraordinaria capacidad de supervivencia a pesar de sus fracasos tácticos, de sus errores de análisis de coyuntura, de la represión gubernamental y de la indiferencia de las elites económicas que, hasta la década de los treinta, prefirieron apoyar a opciones conservadoras, atemorizadas por el populismo nazi.

12. Esa absorción de masa crítica se realizó mediante la expansión de algo común a la época: la denuncia de la democracia desde un pensamiento neoconservador directamente conectado con el pesimismo y el vitalismo de finales de siglo. La llamada revolución conservadora tuvo, en Alemania, la misma función de contaminación ambiental y nueva normalización de valores que en Francia pudieron llegar a generar los no conformistas de los años treinta, como los denominó Loubet del Bayle en un texto ya clásico. Personajes como los hermanos Jünger, Hans Zehrer, Moeller van den Bruck, Oswald Spengler, Edgard Jung, Hans Freyer o Wilhelm Stapple, entre muchos otros, fueron impregnando la sociedad alemana de una cultura que se presentaba a sí misma en los términos de una regeneración nacional, de un reencuentro con la propia materia elemental de *lo* alemán. Resueltos a combatir una decadencia que languidecía en los parajes de la derrota y de la democracia de Weimar, los neoconservadores propiciaron un discurso que legitimaba, por la gravedad de su consistencia, por la eficacia de su lenguaje, por sus virtudes analíticas y propositivas, la apertura a una fase inédita de la comunidad germánica, cuya pretensión era reunir los avances tecnológicos, la reflexión de la sociología, las propuestas jurídicas, las afirmaciones de la biología y la experiencia estética y vital de la guerra en un proyecto de revolución nacionalista. Para estos autores, la democracia había sido una estación de paso errónea, una dirección que debía modificarse para evitar el descenso a los infiernos de una aniquilación de la cultura. Importa menos la actitud recelosa de estos autores frente al carácter plebeyo del nazismo y sus máximos dirigentes, que la labor de zapa desarrollada por sus escritos, la extensa difusión de *otra forma* de ser alemán, de creer en el futuro de la patria, de sentirse parte de un destino. Tal vez estas palabras puedan tener un exceso de solemnidad en nuestro tiempo pero, desde luego, no lo tenían en el momento de medir la humillación de una derrota, la invalidez de un régimen y la sensación de pérdida de orientación en que podían fructificar las apreciaciones de los revolucionarios conservadores. Su calidad expositiva y la precisión de algunos de sus discursos, como podían ofrecerlos, respectivamente, Ernst Jünger o Carl Schmitt, sirven para señalar hasta qué punto es desconsiderada una visión del fascismo que lo reduzca a la pura violencia de algunos exaltados del *lumpenproletariat.* Se trataba, desde luego, de pura violencia, pero en una acepción mucho más profunda de lo que suele tenerse en cuenta.

13. Si alguien contempló la quiebra de las circunstancias que habían permitido la supervivencia del viejo orden de cosas fue Carl Schmitt. Podemos recordar la fuerza con la que señalaba la creación del sujeto de la soberanía, sobre la base de la excepcionalidad: *"Es soberano quien decide el estado de excepción. (...) El racionalismo consecuente afirmaría que la excepción no demuestra nada y que sólo lo normal puede ser objeto de análisis científico. La excepción confunde la unidad y el orden del esquema racionalista. La teoría jurídico-positiva del Estado con frecuencia emplea un argumento semejante. (...) La filosofía de la vida concreta no debe apartarse de la excepción y del caso extremo, sino interesarse en ellos en grado sumo. La excepción puede revestir mayor importancia para ella que la regla, no a partir de la ironía romántica de la paradoja, sino con todo el rigor del conocimiento que profundiza más que las generalizaciones claras del término promedio repetido. La excepción es más interesante que el caso normal. Lo normal no demuestra nada, la excepción lo demuestra todo; no sólo confirma la regla, sino que la regla sólo vive gracias a aquélla. En la excepción, la fuerza de la verdadera vida rompe la costra de un mecanismo cuajado en la repetición."* En las condiciones del final de la Gran Guerra, el acontecimiento vivido era ya una excepción cuya misma duración convirtió en norma invertida, mientras su recuerdo y su conmemoración hacían de aquella experiencia un múltiplo de nuevas acciones. Es cierto que, como bien debía saber Schmitt, tal excepcionalidad podía conducir a la revolución socialista, que aparecía como otro mecanismo de cancelación de las reglas de la sociedad burguesa. El atractivo de la revolución proletaria no residía sólo en su carácter de clase, sino en su fijación del principio de una nueva era, en su radiante vibración de un porvenir que latía como origen, como nueva *legitimidad* o, para decirlo del modo que a Schmitt le hubiera complacido, como lugar del que emanaba derecho: es decir, de la propia defensa del recién nacido o del ejercicio reflejo de conservación de la comunidad amenazada. Sin embargo, no era esa vía de excepción la que buscaba Schmitt, sino la simple justificación de una teología política que sucedía a la muerte de Dios rompiendo con los criterios del pensamiento contrarrevolucionario clásico: *"Todos los conceptos significativos de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados. Y no lo son sólo debido a su evolución histórica, por haberse transferido de la teología a la teoría del Estado a-convertirse el Dios todopoderoso, por ejemplo, en el legislador omnipotente-, sino también con respecto a su estructura sistemática, cuyo conocimiento es preciso para el análisis sociológico de dichos conceptos. En la jurisprudencia, el estado de excepción tiene un significado análogo al del milagro en la teología."* No demasiado tiempo después, en un célebre texto que llevaba por título *El Führer defiende el derecho*, escrito con ocasión de la matanza de junio de 1934, Schmitt concretaría las condiciones de ese milagro laico: *"El Führer está defendiendo el ámbito del derecho de los peores abusos al hacer justicia de manera directa en el momento del peligro, como juez supremo en virtud de su capacidad de líder. (...) El acto del Führer correspondió a una jurisdicción auténtica. No está sometido a la justicia sino que constituyó en sí misma la más alta justicia. (...) La judicatura del Führer deriva de la misma fuente jurídica de la que surge el derecho de cualquier pueblo. En un caso de extrema necesidad, el derecho supremo debe probarse y se alcanza el más alto grado de realización judicial vengadora de este derecho. Toda expresión de derecho procede del derecho vital del pueblo. Cada ley estatal y cada fallo judicial sólo contienen el derecho que les llega de esta fuente. Lo demás no es derecho sino una 'malla positiva de normas obligatorias' de las que el criminal hábil se burla. (...) En su discurso ante el Reichstag, el Führer subrayó de manera expresa que en nuestra nación sólo existe un portador de la voluntad política, el Partido Nacionalsocialista. No obstante, también pertenece a una nación estructurada de esta forma en Estado, movimiento y pueblo el derecho interno propio de aquellas organizaciones vitales y comunitarias que sostienen al Estado y que están fundadas de manera particular en la fidelidad jurada al Führer. Nada menos que la suerte de la unidad política del pueblo alemán mismo depende actualmente de que el partido cumpla su deber."* Tales afirmaciones, por quien ha sido justamente considerado el autor de una ciencia



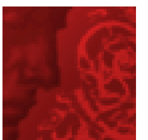
jurídica al servicio del fascismo, en el sentido de haber concebido el carácter implacable de la relación amigo/enemigo y la emergencia de un permanente estado de excepción definidor de la soberanía –algo que los teóricos fascistas italianos como Bottai o Panunzio no llegaron a señalar nunca, más atentos a la necesidad de formular maneras de *representación* que formas de *soberanía*-, venían a señalar una limitación, a pesar de la carga de potencia que se otorgaba al Führer. Pues la esencia del nazismo no es la creación de un Estado discrecional, que arrebata a la estructura normativa sus fundamentos de permanencia, de legalidad fijada más allá de las tribulaciones históricas, de garantía de los individuos frente al poder. Aparece como dotado de esas características en el momento de su formación, pero su deseo es llegar a la supresión misma de la política para establecer el reino de la comunidad biológica. Lo cual, desde luego, implica una vía de superación del Estado, de la Justicia y el Derecho en el sentido en que se ha comprendido en el mundo moderno.

14. La asimilación de estas propuestas en el ámbito de la República de Weimar se hizo más fácil, de una forma más natural, en la medida en que los mecanismos de integración y cohesión social establecidos por el régimen salido de la revolución podían ser excluyentes y desintegradores a ojos de sectores diversos de la Alemania de la época. Precisamente aquellos aspectos que se presentaban y se veían como objetivos cubiertos por el pacto democrático, podían llegar a invertirse en la retina de amplios segmentos de la opinión pública, pasando a ser indeseables secuencias de una trayectoria de pérdida de centralidad social, de extracción de prestigios, de impulsos políticos que socavaban posiciones adquiridas, aunque la pérdida de todos estos materiales de reconocimiento y bienestar se hubiera ido produciendo desde el periodo anterior a la Gran Guerra. La misma voluntad de ruptura que proyectó la República para dotarse de una imagen positiva en los sectores democráticos, permitió asignar al régimen la responsabilidad absoluta de este proceso de desmantelamiento moral en que se encontraba una parte creciente de la clase media y sectores nada desdeñables de los trabajadores. El acuerdo de finales de 1918, que establecía la mutua concesión de primacía social a industriales y sindicatos por parte de cada uno de los interlocutores, permitió crear un territorio de cohesión, pero de forma parcial, sin considerar la expulsión de tal protagonismo de aquellos individuos cuyas actitudes se habían edificado dotándolos de una presunción nuclear en la configuración de una sociedad. De esta manera, el deseo de responder a las demandas de las amplias capas de trabajadores socialdemócratas y, *al mismo tiempo*, asegurar un elemento de continuidad prolongando el pacto social más allá del conflicto bélico, pudo tener un efecto beneficioso en la captura de una pacificación, en la tranquilidad de los medios industriales y en la neutralización de los sectores más radicales de la izquierda socialista. Pero, además, puso los fundamentos de una impresión de marginalidad, de carencia de verdadera ciudadanía, de carácter secundario de las clases medias, que habría de ir exasperándose a medida que esa simple intuición se fue verificando en el endurecimiento de la vida cotidiana.

15. No se trató, sin duda, de un empeoramiento de las condiciones socioeconómicas, y ni siquiera de una sensación gratuita, impresionista, de la pérdida de estatus, de respetabilidad, de función dirigente, ejemplar y educativa, aceptada por el conjunto de la sociedad. Fue, en términos igualmente tangibles, la homogeneización de todas las situaciones de insatisfacción a través de un discurso nacional-populista, que permitía rechazar las opciones de Weimar en la misma medida en que presentaba una alternativa de cohesión más *significativa.* El discurso nazi pudo ir almacenando todos los desapegos con respecto al régimen de Weimar al configurar al movimiento hitleriano como una inversión radical de la sociedad en que se desarrollaba, no como un reajuste reformador de sus principios y procedimientos. Su radicalismo, que en los primeros tiempos podría haberse observado como una objeción a su crecimiento, fue convirtiéndose en una cláusula de seguridad para su expansión, al ir atenuándose el prestigio

inicial del régimen y al ir abriéndose fracturas sociales que sólo en la taciturna solidaridad de la derrota y en el temor a una revolución soviética podía haber ido mucho más allá de los verdaderos demócratas. La inexorable erosión electoral de los partidos de Weimar, que al principio pudo beneficiar a los conservadores del Partido Nacional Popular, acabó por ir desguazando las bases mismas de las estructuras democráticas. Primero, alimentando la creación de diminutos partidos movilizados en torno a algún interés localista o profesional. Después, proporcionando al nacionalsocialismo la confianza de millones de alemanes cuyo descontento fue derivando en desesperación a fines de la década de los veinte.

16. El movimiento hitleriano convirtió su aislamiento político, su diferencia ideológica, en un lugar progresivamente apreciable, un centro que irradiaba llamadas afectuosas a sectores de la sociedad alemana que, en los tiempos iniciales de la República, se habían conformado con la nueva situación. Se habían resignado, aun cuando su formación cultural les hiciera algo reticentes a la amplitud del cambio político generado y a la presencia de un proletariado organizado en opciones socialistas, cuya visión del orden social resultaba totalmente extraño a la educación de las capas medias y de trabajadores hostiles al marxismo, ya fuera por su formación católica, por sus inclinaciones nacionalistas o por cualquier otro mecanismo de adscripción ideológica. Observando las votaciones realizadas en la ciudad de Nuremberg, por ejemplo, puede observarse cómo un voto abundante al Partido Demócrata fue vaciado progresivamente en favor del nacionalsocialismo, lo cual señala los límites de cualquier análisis rígido sobre las posiciones de la población en los años veinte, para tener más en cuenta una dinámica en la que ni siquiera puede excluirse una primera inclinación, rápidamente clausurada, a apoyar a los sectores más moderados de la coalición de Weimar. La misma consolidación del régimen y su coincidencia con las cláusulas abusivas del Tratado de Versalles, en especial el pago de reparaciones de guerra, conducirían a que este apoyo a partido de la izquierda liberal fuera evaporándose en favor del voto populista o nacionalista conservador en los meses siguientes, e incluso, si nos atenemos a los resultados de la primavera de 1924, al apoyo a opciones *völkisch* inmediatamente después de la gran crisis nacional encadenada por la hiperinflación, la ocupación del Ruhr, los intentos de golpe de estado de la extrema derecha bávara y la confrontación entre socialdemócratas y comunistas. El movimiento nazi pudo ir creciendo en la medida en que la democracia fue apareciendo como un sistema identificado con la derrota, con las dificultades económicas, con el poder sindical, con la expansión de los partidos de la izquierda, con la fragmentación de la representación política, con la carencia de poder internacional de Alemania, con la quiebra de los sistemas de asistencia, con el incremento de la crisis económica y con la quiebra de la estabilidad gubernamental. Todo aquello que la democracia ofrecía como aspectos positivos de su realización pudo ir convirtiéndose en su propia negación experimental. Podríamos repasar la forma en que cada uno de los sectores en que pondrá pie el nazismo va desertando de la democracia, pero ese examen sobre la frustración de la juventud, la crispación del campesinado, el deterioro de la clase media urbana, la desesperanza de los trabajadores cualificados caídos en el desempleo de larga duración podían ir pautando una trayectoria de incertidumbre y descreimiento cada vez más prolongada, más abierta en el abanico de circunstancias sociales expresadas. Pero es más importante aún indicar la forma en que el nazismo podía presentarse como una agrupación de todas estas contrariedades, ofreciendo una alternativa de ruptura con el sistema. Frente a la fuerza argumentativa de los republicanos, el nazismo ofrecía la decisión fortificada, resuelta y potente de la voluntad nacional. Frente a los criterios de representación y delegación en políticos profesionales, el nazismo se presentaba como la devolución de la palabra a la comunidad, que podía expresarse en un perpetuo ejercicio de la abdicación de los derechos individuales y su recuperación en un ámbito colectivo. Frente a la imagen de una sociedad organizada de acuerdo con principios regulados minuciosamente, legalizados mediante procedimientos reglamentarios



meticulosos y burocráticos, el nazismo optaba por la configuración de una comunidad popular, basada en la homogénea certeza de una cultura racial, que entendía los lazos vinculantes entre sus miembros de una forma trágica, marcada por la sangre y por un sucedáneo de la voluntad general que sería la propia dinámica valorativa del movimiento. Frente a la frialdad de un sistema de ciudadanos haciendo frente a las determinaciones de una crisis económica devastadora, el nazismo ofrecía la calidez de un movimiento religioso, de una comunidad de creyentes en busca de la Tierra Prometida de un destino. Frente a la pluralidad política observada como virtud de la democracia, el nazismo ofrecía la férrea cohesión emanada de los orígenes mismos de la comunidad, de un pueblo sin más distinción que la que señalaba quién no era una parte del pueblo. Frente a la carencia de un liderazgo y al desprestigio de las elites tradicionales, el nazismo ofrecía el carisma de un personaje salido de las entrañas del pueblo y encaramado, por propios méritos, a la dirección de un movimiento de masas.

17. Todo ello tuvo que sintetizarse en una propuesta política, pero el nazismo sólo puede entenderse, como ocurre con el fascismo genérico, a la manera de una oleada de fervor místico, de entenderse no como una opción política más, sino como la única manera de ser, de convertirse en una parte concreta de un movimiento nacional. La síntesis ideológica se expresaba en la conducta del movimiento, en su propia dinámica, en su consumición de todos los espacios cercanos para convertirse en una alternativa mayoritaria, capaz de anular cualquier otra versión de antirrepublicanismo o de hacerla girar en su órbita como un elemento satelizado. La revolución nacionalsocialista consistió en su destreza para hacerse imagen exclusiva de la comunidad en marcha, para hacerse configuración de la nación y del pueblo, neutralizando todas las propuestas que se limitaran a reducir los espacios democráticos de Weimar o a disponer los mecanismos de una dictadura conservadora. Ciertamente, en la habilidad táctica de Hitler y sus secuaces se encuentra su presentación como la oportunidad de los industriales para sofocar el pacto social de 1918 y la presencia de la izquierda política y sindical en el futuro de la sociedad alemana. Esta propuesta podían hacerla, sin embargo, los dirigentes conservadores tipo Von Papen o Hugenberg con el mismo entusiasmo, pero sin la base popular indispensable para construir un régimen en los años treinta. La ocupación del espacio público, la penetración en los ámbitos de sociabilidad, la posibilidad de ser vehículo de participación de masas, eran opciones sólo ofrecidas por el movimiento nazi. Más allá de la necesidad de contar con una respuesta electoral, en la misma esencia de su proyecto se encontraba su carácter popular, sinceramente establecido por los cuadros del movimientro hitleriano porque sólo así se verificaba una identificación radical entre individuo y comunidad, entre vida concreta y existencia colectiva, entre proyecto personal y destino de la nación. Realizado en unas circunstancias que apartaran a los alemanes de su percepción de ser protagonistas del proceso histórico que vivían les habrían hecho percibir su falsedad, de la misma forma en que habían sabido descubrir la contradicción entre los principios declarados por la democracia y su defectuosa aplicación práctica. En este sentido, el populismo nazi no era sólo un carril de aceleración, que permitiera a los cuadros del partido hacerse con el poder. Era, por el contrario, uno de los criterios esenciales de lo que el nacionalsocialismo entendía como actividad política. Esa participación nada tenía que ver con lo que un demócrata puede aceptar en posesión de derechos individuales y sociales, al establecer determinaciones que nunca podrían subvertirse por un ejercicio de soberanía alternativa. Lo que importa es señalar la forma en que la usurpación de esos derechos individuales fue contemplada como un acto voluntario de una parte muy notable de la sociedad, que decidió basar su convivencia en fórmulas distintas, que incluían la fijación de una jerarquía racial inmutable, la aceptación de la desigualdad funcional, la comprensión de los dilemas plebiscitarios como verdadera consulta al pueblo. Y, sobre todo, la definición máxima de los engranajes de inclusión y exclusión, de identificación comunitaria y de despojo de cualquier indicio de ciudadanía de quienes no fueran dignos de ser alemanes.

18. El ascenso al poder del nazismo se realizó, por tanto, como significativo fracaso de una democracia. Sin embargo, el apoyo a Weimar fue aún importante incluso en las elecciones celebradas bajo la cancillería de Hitler, cuando la socialdemocracia alcanzó siete millones de sufragios a los que, dentro de la cultura antifascista, aunque no de confianza en el régimen agonizante, podían sumarse los cinco millones de votos que se manifestaron en favor de los comunistas. Es obvio que no se trata aquí de señalar la adhesión al fascismo de la práctica totalidad de la población alemana, pero sí de fijar la contundencia de su base social, su diversidad geográfica y de clase, su superioridad en términos de movilización y violencia, su mayor prestigio en un sentido mítico, defensor del objetivo de una comunidad nacional que restaurara el poder del pueblo alemán en el mundo y *en la propia Alemania*. La lentitud en el ascenso al poder del nazismo le proporcionó una fuerza propia mucho más extensa que la que podía presentar el movimiento mussoliniano, siempre cobijado por los poderes de la Italia tradicional, que el nazismo pudo suprimir o simplemente neutralizar en su conversión en la única configuración política de la nación. Le dio experiencia interior, al verificarse como movimiento antes de ser gobierno los principales rasgos de su carácter. Le dio visibilidad, conducta ejemplar, lo convirtió en un tipo ideal hacia el que volvían los ojos aquellos sectores exasperados por la ineficiencia de la República. Le proporcionó el prestigio de quienes contemplaban en el nazismo la única fuerza verdaderamente resuelta a acabar con los adversarios de la cultura germánica en el sentido más fuerte de la palabra, es decir, en el sentido militar de su aniquilación, de su *Vernichtung*. Le dio la autenticidad de un movimiento que, desde sus orígenes, había proclamado su naturaleza ajena a la esencia de la democracia, su oposición genuina, su extraterritorialidad, afirmándose en la constante negación de los valores nucleares de la democracia. Le aseguró la confianza de quienes lo miraban como una vuelta a los orígenes nacional-populistas, como encapsulamiento en las formas de la propia corporalidad germánica, como la realización de un ideario *völkisch* sólo esbozado en el pasado siglo y perpetuamente aplazado, primero por el régimen liberal del Kaiser y luego por la democracia de Weimar.



La forma del destino

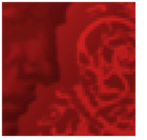
19. La inauguración del Tercer Reich fue contemplada no sólo como la llegada del nazismo al poder, sino como un reencuentro de Alemania consigo misma, como un proceso de *revolución restauradora* de la comunidad popular. Se ha señalado con frecuencia la cautela con que Hitler solía referirse a esa fórmula de conciliación que a la de una mera captura del poder por un movimiento político, aunque éste fuera el nacionalsocialismo. Se ha señalado, también, la irritación que provocó en los segmentos más sectarios del partido la falta de depuración inmediata de todas las instancias sociales en favor de los viejos camaradas. Ambas apreciaciones se corresponden con la dinámica de los hechos y explican los forcejeos internos del régimen, especialmente en los primeros años. En la medida en que el nazismo implicaba el fin de la política tal y como se había conocido hasta entonces, sin embargo, para establecer un campo inédito de vinculaciones comunitarias y de adhesión a un proyecto que configurase la voluntad nacional, tales sugerencias resultan menos determinantes de lo que creemos, a no ser que sólo nos planteemos el examen de la política institucional del nuevo régimen, y que lo hagamos sin tener en cuenta la advertencia crucial de que se trataba, además de la forma de liquidar la democracia weimeriana, de un edificio cultural levantado sobre sus propios cimientos, es decir, sobre una apreciación de las tareas de la modernidad bastante leal a la revuelta de fines de siglo y a las condiciones concretas engendradas por la guerra y la contrarrevolución. En este marco, las disputas por ocupación de zonas administrativas, por la definición de áreas de liderazgo parcial, por la primacía de una u otra agencia del partido o del estado, teniendo una importancia indudable, carecen de centralidad. Ésta tiene su lugar en la

realización completa de la ideología nazi o, para decirlo en un lenguaje aún más contundente, en el cumplimiento, a través del fenómeno nacionalsocialista, del gran proyecto del movimiento antidemocrático iniciado en la respuesta cultural a los principios de la Ilustración y la revolución francesa.

20. El núcleo de esta opción –pues de una *opción* se trataba, y no de un enigmático destino en el que desembocó la catástrofe alemana, como han querido señalar algunos autores- era la construcción del espacio político como *morfología* antidemocrática, como figura explícita de la inversión de los valores universales y universalizados por las revoluciones iniciadas a fines del siglo XVIII. Esta *representación* escénica debía hacerse como expresión significativa de la comunidad nacional-popular, como un reconocimiento de la base física de la *polis* en su aspecto exterior y simbólico, en la síntesis manifestada *estéticamente*. Y entendamos por ello mucho más que el simple ejercicio que recapitula las imágenes de muchedumbres portando antorchas, gallardetes, uniformes; en los campos atestados de fervientes seguidores de Hitler que se exaltan en la contemplación de su mutua dependencia, en la forma de sentirse parte de una comunidad resumida en esa reunión de masas. Ciertamente, se trata de eso, porque tales aspectos son los que permiten una sensación de inmersión en la comunidad que debe apreciarse a través de los sentidos. Sólo esa forma de intervención rompe las contradicciones entre la abstracción nacional y el individuo, que pasa a verse como parte de la comunidad, y que sólo *es* en la medida en que *comparte*. Lo que podría evaporarse en una afirmación genérica, en un concepto alejado de las sensaciones, pasa a vivirse, a experimentarse en los actos de masas que se convierten en una adquisición de conciencia y de cuerpo racial al mismo tiempo. Esa *participación* no es sólo una muestra de adhesión, un acto de entrega de autoridad popular al líder: es una forma de *inclusión* que necesita su ejemplificación concreta, carnal, ataviada con los símbolos que representan a la nación, al pueblo y a la raza. La abstracción de la esvástica convive, de esta manera, con la percepción de los rostros concretos, de la presencia de zonas idénticas de una muchedumbre unánime, formada por individuos pero carente de heterogeneidad. Tales espectáculos son, así, ensayos generales, entrenamientos masivos en los que la comunidad va adquiriendo conciencia de sí misma, y en la que cada persona se empequeñece y se dilata en el mismo momento de intensidad emotiva. Los mítines y manifestaciones son, pues, representaciones en el sentido más amplio de la palabra, puestas en escena, actuaciones populares, asignación de un presente tangible a lo que la comunidad es. No son meras asistencias a un discurso más o menos hábil del cuadro del partido o del propio *Führer*, sino majestuosos aletazos del ser común, afirmaciones de su existencia, verificaciones de su esencia. El impulso magnético de tales rituales se debe a la combinación de lo simbólico con lo concreto, no a la mera disposición de lo simbólico. Obedece a la coincidencia local entre la Idea y su Realización. Esa coincidencia se metaboliza en términos de una identidad radical, vivida como autorización para ser a través de lo comunitario, de los demás camaradas de sangre, de los *Volksgenossen*. Con la misma fuerza con que los dirigentes del partido exigen la sumisión a los símbolos del nazismo y a su identificación con los de la nación, los participantes exigen ser una zona de soberanía difusa, una célula apreciable de ese organismo que se sintetiza en una cruz gamada. El *acto* se desplaza, así, en las dos direcciones legitimadoras, en las dos formas de control social, y no sólo en la que suele verse, como subordinación de la multitud al caudillo. Pues la muchedumbre quiere verse como una parte indispensable de esa voluntad comunitaria, como cuerpos que concretan el gran cuerpo racial, como episodios de inclusión individuales, que superan la fragmentación de la fase democrática.

21. Las representaciones estéticas del nazismo van lo suficientemente lejos como para poder hablar de una superación de la política que se resuelve en el campo estético. La advertencia señalada por Benjamin y Brecht a mediados de los años treinta, señalando esa conversión de la

política en una expresión artística que sublimaba y anulaba las condiciones materiales, la lucha de clases, los antagonismos sociales, para construir un monumento reivindicativo de la esencia nacional, expresa la condición estética del nazismo más allá de lo que se ha dicho antes sobre la eficacia de los espectáculos de toma de conciencia corporal y adquisición de un recurso simbólico abstracto. Tales mecanismos de persuasión son la antesala de un carácter más rotundo y penetrante de la naturaleza estética del nazismo, que implica la conexión con la obra de Wagner acerca de la obra de arte total, así como con las reflexiones nietzschianas y hegelianas sobre el arte griego como lugar de realización del espíritu. La tradición filosófica germana va más allá. Hegel planteará, en su *Filosofía de la historia*, la subjetividad del arte como la vía por la que, en la Grecia antigua: *"hallamos ya ese impulso infinito de los individuos a mostrarse y a gozar con ello. (...) El gozoso sentimiento personal contra la naturalidad sensible y la necesidad no sólo de divertirse, sino también de mostrarse, así como igualmente de hacerse una posición y de disfrutar con ese mostrarse, constituyen el rasgo principal y el quehacer capital de los griegos. (...) Tal es el comienzo subjetivo del arte griego, en el que el hombre, con un movimiento libre y bello y con poderosa habilidad, hizo de su corporeidad una obra de arte. Los griegos empezaron por convertirse a sí mismos en formas bellas, antes de expresar éstas de un modo objetivo en el mármol y en los retablos. La inocua competición en los juegos, donde cada uno muestra lo que es, data de muy antiguo. (...) Si consideramos la naturaleza interior de tales juegos, vemos que el entregarse a un juego tiene como característica la de contraponerse a lo grave y serio y a un vivir pendiente de las urgencias naturales. (...) Ahora bien, considerado a la luz de esta situación grave, el juego tiene, sin embargo, la mayor seriedad, pues en él la naturaleza se ofrece al espíritu como fantástica; y pese a que en estas competiciones el sujeto no llegue a situarse en la cima de lo que el pensamiento puede tener de grave, no obstante el hombre, en este ejercicio, muestra a la corporalidad su libertad manifiesta en el hecho de que ha transformado el cuerpo en órgano del espíritu."* Hegel sigue señalando la aparición de una obra de arte *objetiva* en la religión, al apreciar que: *"lo divino comprenderá en sí la potencia natural sólo en cuanto elemento que es transformado en potencia espiritual. De este elemento natural, en cuanto principal, se mantendrá una reminiscencia y parecido en la representación de la potencia espiritual, pues los griegos han honrado a Dios como espiritual. (...) Tenemos que decir que el Dios de los griegos no es aún el espíritu libre absoluto, sino el espíritu de una modalidad particular, en una limitación humana y todavía como una determinada individualidad dependiente de condiciones externas."* El tercer momento se expresa en el Estado, que se convierte en obra de arte política sumando los dos instantes previos, subjetivo y objetivo: *"En el Estado el espíritu no es tan sólo objeto como espíritu divino ni queda subjetivamente plasmado en una bella corporeidad, sino que es espíritu viviente y universal y, al propio tiempo, es el espíritu autoconsciente de los individuos particulares"*. Estas apreciaciones de Hegel, que podrían contribuir a una aplicación de la filosofía moderna a la condición del nazismo como estética superadora de la política, se contraponen, sin embargo, a lo que el propio Hegel dice algo más adelante, al señalar: *"Precisamente la libertad subjetiva, que en nuestro mundo constituye el principio y la forma propia de la libertad, así como el fundamento de nuestro Estado y de nuestra vida religiosa, para Grecia podría resultar su ruina (...). Podemos afirmar de los griegos, en la primera y auténtica forma de su libertad, que no tenían conciencia alguna; entre ellos lo que dominaba era la costumbre de vivir para la patria, sin ninguna otra reflexión."*



22. Philippe Lacoue-Labarthe, en un texto provocativo sobre la relación de Heidegger con el nazismo, *La ficción de lo político*, indica que no interesa demasiado esta última consideración, aun cuando de ella resulte la condición misma de modernidad política expuesta por Hegel. Sin llegar al extremo que Lacoue-Labarthe precisa para establecer una línea de continuidad entre el idealismo y Heidegger *en este aspecto*, pues resultaría de ello la negación de la idea de ley y

derecho que poseía Hegel, nada secundario en su versión de la política, cabe considerar la importancia de esa *secuencia* instaurada por el filósofo de Stuttgart –y nada extraña a las consideraciones de su amigo Hölderlin sobre la función de la poesía-, al hacer del arte la forma de expresión del espíritu griego en tres momentos que van fijando la subjetividad, la objetividad y la superación de ambas en el recinto del Estado. En la concepción antimodernista que pueden querer señalar un Nietzsche o un Heidegger, tal asunción de la realidad por una obra que deja de ser mera copia para alcanzar el carácter de una representación supone recuperar un espíritu arcaico vulnerado por la crisis de la cultura griega. Tal como se establece en la crítica de los años treinta, y en la referencia usual al nazismo como estetización, la política desaparece, haciendo de mediación técnica entre la intimidad física y la exteriorización objetiva de la comunidad, que se ve a sí misma, tomando conciencia de su voluntad a través de su puesta en escena. Para decirlo en los términos en que lo expone Lacoue-Labarthe: *“Lo político (la Ciudad) proviene de una* plástica*, formación e información,* ficción *en el sentido estricto. Es un tema profundo, sacado de los textos pedagógico-políticos de Platón (...) y que resurge bajo el manto de los conceptos de* Gestaltung *(figuración, instalación figural) o de* Bildung*, cuya polisemia es reveladora (puesta en forma, composición, organización educación, cultura, etc.).Que lo político provenga de una plástica no significa, de ninguna manera, que la* polis *sea una formación artificial o convencional sino que, más bien, dice que lo político proviene de la* techné *en el sentido más elevado del término, es decir, en el sentido en que la* techné *es pensada como el cumplimiento y la revelación de la* physis *misma. Por eso la* polis *es igualmente “natural”: es la “más bella formación” que brota espontáneamente del “genio de un pueblo” (el genio griego), según la moderna, pero en realidad muy antigua interpretación de la mimetología aristotélica.* Y, comentando ya la posición de Heidegger desde el punto de vista de la calidad estética del nazismo, este autor añade: *“En su esencia lo político es* orgánico. *(...) Decir que lo político es orgánico no significa sólo que el Estado es comprendido a la vez como “totalidad viva” y como obra de arte. El Estado es una noción aún demasiado abstracta, es decir, una realidad demasiado separada (...). La organicidad esencial de lo político es en realidad infra-política, es decir, infra-social (en el sentido de la* Gesellschaft*). es la organicidad de la comunidad:* Gemeinschaft*, o como lo dice Heidegger cuando comenta* La República*, Gemeinwesen. Es por consiguiente la organicidad del pueblo, del* Volkstum*, que nuestro concepto de “nación”, si se le restituye a su sentido primero, vierte bastante bien en tanto que señala hacia una determinación natural o “física” de la comunidad, que sólo una* téchne *puede llevar a cumnplimiento y revelar (...). Si la* téchne *puede definirse como añadidura de la* physis*, por lo cual la* physis *se “desencripta” y se presenta (...), la* organicidad *política es la añadidura necesaria para la presentación y reconocimiento de sí de una nación. Y tal es la función política del arte.”* 136

23. El nazismo como estétización de la política supone, por consiguiente, la desaparición de la política en favor de una representación pura de la comunidad. Algo que Heidegger expresará de una forma aún reticente en el célebre discurso del Rectorado de 1933 en Friburgo, cuando señala los motivos de su adhesión al nuevo régimen, indicando que *“El espíritu no es ni la sutileza vacía, ni el juego sin compromiso del buen sentido, ni el ejercicio sin límites del entendimiento que se libra a sus análisis; tampoco es la razón universal. El espíritu es lo contrario: es una armonía que toma su tono del origen, poder decidirse por la esencia del ser. (...) El mundo espiritual de un pueblo (...) es la capacidad de conservar la más profunda de sus fuerzas de tierra y de sangre.”* Heidegger titulará su discurso *La autoafirmación de la universidad alemana*, un texto en el que el filósofo se interroga sobre la función de la universidad como descubridora de la ciencia, y la esencia de ésta como la búsqueda del ser, rompiendo su resistencia y esquivando las trampas del racionalismo. Tras el estrépito de la muerte de Dios, que podía amenazar con un estado letárgico de decadencia, disfrutando de los

restos de una cultura, llega la *"gloria de la naciente rehabilitación nacional"* que es la conquista del poder por el nazismo. Tal conquista implica un nuevo inicio de la trayectoria del hombre, que se asigna en este caso a la comunidad alemana, cuando ésta es capaz de enfrentarse a su estado de *desamparo* y se levanta heroicamente para luchar por su autorrealización, por el cumplimiento de su destino. Estética y ontología se combinan en esta revisión vitalista de la modernidad, que trata de negarla y de reconstruir el encuentro con el ser pasando por encima de una tradición filosófica. La posición de Heidegger nada tiene de accidental, como el propio autor reconocería, pues su crítica al nazismo se realizaría más por el abandono de sus principios originarios que por un descubrimiento de su realidad abyecta en 1945. Tal vez el alejamiento de Heidegger provenga, a partir de 1934, de su misma carencia de importancia en el esquema hitleriano, donde ni siquiera puede ensalzarse la sutileza intelectual del filósofo. Sin embargo, puede proceder también de un disgusto por las concesiones políticas del nazismo, por su entrada en las contingencias y renuncias de las necesidades estratégicas, algo que, por caminos diversos, lleva al alejamiento de la mayoría de los escritores de la Revolución Conservadora. Lo importante es señalar aquí una fascinación, la intuición de la novedad radical del régimen, del movimiento, de sus aspiraciones, en una mecánica que poco tiene que ver con los presuntos juegos de abalorios propagandísticos del doctor Goebbels. Si poetas de la talla de Gottfried Benn y filósofos del genio de Heidegger jugaron esa carta, la apuesta no puede despacharse como una simple reacción de los elementos más burdos y *lumpen* de la sociedad alemana de entreguerras.

Si esto es un cuerpo



24. El nazismo crea una nueva subjetividad que se expresa en esa configuración, en una *obra* entendida en el doble sentido del resultado de un acto material y de una intención espiritual. La *puesta en escena* se convierte en una *ficción*, sólo aparente al desmentir la realidad de lo que hasta entonces se ha entendido como política, como ciudadanía e incluso como existencia. Es en esta acepción más profunda en la que reside la consideración estética del nazismo, que suele confundirse con su mera *teatralidad*, con su simple *forma*, en un sentido más epidérmico que expresivo. Esa nueva subjetividad que, para Heidegger, supone el reencuentro con un ser oculto bajo los escombros de la metafísica, es la *Volksgemeinschaft*, la comunidad popular esencial, que el tradicionalismo y el biologismo moderno acuerdan situar sobre la *sangre*, entendiendo por ello su concreción física más elemental -un fluido delicado, fácilmente contaminado, transmisor de la vida y de los defectos-, pero también una mística, un símbolo que encierra en su síntesis la pertenencia a un pueblo, a una raza. La sangre define una pertenencia que no puede arrebatarse más que a través de la muerte individual, pero que sigue fluyendo en el destino de una comunidad voluntariosa. Esa íntima *apropiación* de lo que se considera la base de la existencia, su esencia material sólida e indudable, lejos ya de los cenagosos parajes críticos de la Razón, sólo debe protegerse de su *infección*, de la presencia de factores que *no son* nuestros, aunque lo parezcan, aunque tengan los suficientes elementos miméticos como para poder provocar un estado febril, una debilidad o la quiebra misma de nuestro cuerpo. Los recursos de la máxima espiritualización se convierten, de esta manera, en los instrumentos de una concreción materialista que sobrecoge por su determinismo.

25. La idea de la *Volksgemeinschaft* es un recurso mítico, que corresponde a una *modernización* del nacionalismo en la época de las masas. Contiene, ciertamente, los factores de un arcaísmo, de prejuicios sólidamente instalados en la cultura popular. Pero sólo se realiza en el siglo XX por los recursos de justificación científica, progresista, de que dispone, por los abundantes medios de propaganda, y por su coincidencia con las necesidades de la nueva sociedad industrial, tanto para los sectores populares que se adhieren a este principio como de

la elite económica que ve en él un prodigioso instrumento de armonización. La virtud del fascismo fue ofrecer la respuesta a una demanda social polivalente, que procedía menos de una doctrina elaborada pacientemente que de una serie de experiencias. Está claro que, en *el otro lado*, en el campo de la izquierda revolucionaria, el movimiento se nutría también de la sensibilidad, de los sucesos por los que pasaba cada individuo, de las aspiraciones a vivir los problemas y resolverlos de una forma conjunta. Es decir, todo aquello que Bloch, con la atención a estos factores de nostalgia y emotividad que dio a su obra tanta eficacia analítica, denominó la corriente cálida del marxismo: *“en ella se manifiestan la intención liberadora y la tendencia real materialísticamente humana, humanamente materialista, en cuyos objetivos se realizan todas estas desmitificaciones. De ahí el poderoso recurso al hombre humillado, esclavizado, envilecido, abandonado; de ahí el recurso al proletariado, comprendido como lugar de la agitación y revuelta que debe llevar a la emancipación. El objetivo es la humanización de la naturaleza y la naturalización del hombre, cuya cantera es la materia en desarrollo. (...) El marxismo, en tanto que ciencia de la corriente cálida se refiere pues exclusivamente a ese ser-en-posibilidad* –In-Möglichkeit-Sein- *positivo (...); que, en el seno mismo de la esfera humana, significa el* Totum *utópico, es decir, esta libertad, esta patria de identidad en la que el hombre y el mundo dejan de comportarse como extraños.”* El *principio de esperanza* que Bloch deseaba inculcar a una genealogía de los movimientos de emancipación humana se corresponde, también, con lo que el nazismo ofreció a sus seguidores. Quien no se coloque en esta posición difícilmente llegará a comprender su potencia atractiva, y se conformará con establecer, como usualmente se hace, su fascinación en términos enfermizos –algo que, por otra parte, concede a los nazis una buena corroboración del carácter biológico de las valoraciones. Y, casi siempre, se arrebatará lo patológico a lo “comprensible”, distinguiendo entre los elementos de cohesión social, progreso económico, modernización industrial, por un lado, y exterminio por el otro. Además de entorpecer la coherencia del proyecto nazi, desde la fábrica de mercancías organizada hasta la fábrica de la muerte administrada con no menos eficacia, esta consideración esquizofrénica acaba por impedir la aceptación de resonancias de exterminio en el mismo arranque de formas de exclusión radical que ya aparecen hoy en su visión más amable, en forma de propuestas nacional-populistas radicales, o incluso en su versión más mórbida, con los crímenes de masas en las guerras civiles europeas, con las limpiezas étnicas a las que hemos asistido sin atender a su correcta genealogía en nuestra cultura.

26. El mito implica afrontar los problemas de la sociedad moderna de acuerdo con los principios del biologismo, de esa mezcla de determinación genética y de seguridad de pertenencia comunitaria que ofrece el racismo. La nueva identificación supera el concepto de ciudadanía porque supera la esencia de la política liberal o democrática. De hecho, porque reduce el *demos* a *bios*; porque construye la vida natural como sustento de la propia afirmación colectiva; una afirmación no política, sino de *especie* en un sentido no universal. La consistencia del discurso y el vigor de la propuesta, al ser vivida, reside en su tranquilizante aspecto de retorno a la naturalidad. Sin embargo, el racismo es una fabricación cultural, no la mera constatación de las leyes de la naturaleza. Al contrario de que algunos podrían entender –aunque los más sagaces fascistas no se equivocaron en ello-, el nazismo no fue la simple lectura de los elementos proporcionados por una realidad intransigente, sino que en esa misma observación existía un criterio, una ideología, un método de selección de pruebas, de su traducción a la actividad social, de mayor o menor optimismo en las posibilidades de integración de los individuos considerados defectuosos y, desde luego, en la misma determinación teórica de lo era la *normalidad*. Aun así, esa *culturización* de lo que se presentaba como simple obediencia a las leyes de la sangre iba acompañada de las reglas de la biología y del prestigio del científico. El profesional de las diversas áreas de la ciencia y la tecnología goza de una contemplación

sacerdotal que le permite hacer de interlocutor con la realidad, convirtiéndose en un verdadero *intérprete* que descodifica el idioma oscuro de la naturaleza y permite su comprensión por los creyentes cabizbajos. El ritual científico se suma a los aspectos religiosos del nazismo como una liturgia moderna, que exigirá la participación de todos en los grandes sacrificios comunitarios que definirán dónde empieza y acaba el pueblo elegido, los destinados al paraíso, y donde residen los infieles genéticos a los que espera una temporada en el infierno.

27. El proyecto racial puede ir señalizando los límites de la identidad, puede rasgar la tierra para abrir profundas fronteras donde no cabe la ambivalencia. Lo que está en juego no es ya un problema de opinión, sino que todo se reduce a una cuestión vital. La violencia interna de esta ideología precede y acompaña a la presunta barbarie de sus actos, a la suntuosa irracionalidad de sus crímenes. En una sociedad embriagada por el conocimiento radical de su propia existencia, de su inmortalidad intergeneracional, después de los años de humillaciones, de marginación, de incertidumbre, el nazismo puede ir apretando el ritmo de su propia realización, avanzar hacia su consumación en el exterminio. Pero esa dinámica sólo es comprensible como tal, como *proceso* que viene de muy lejos y por ello permite llegar también hasta Auschwitz. La tensión de esa comunidad en marcha tiene que ser, en primer lugar, una detección de quienes no le pertenecen, aprovechando la búsqueda de responsables de las desdichas, de la insatisfacción de amplias capas de la población que quiere sentirse la *verdadera* comunidad. El triunfo más arrollador del fascismo no fue el de imponer una dictadura, sino el de poder convencer a tantos ciudadanos, que habían disfrutado de ese carácter en tiempos de la República, de la caducidad de la idea misma de ciudadanía, de la superación de los propios márgenes de la política. Quienes siguieron considerándose extraños a ese planteamiento serían el objeto del terror, de la represión; serían una coartada para la dureza del control social y una verificación de la propia identidad de los creyentes. El mundo de los campos de concentración, incluso cuando se regula a través de la normativa de Dachau, poco tiene que ver con un sistema penitenciario convencional: se trata de un salto en la visión misma de la extranjería, de la expulsión de la vida comunitaria, de la creación del enemigo por la vía de *descubrirlo*, de la misma forma que se descubre una bacteria, una molécula o una reacción química. La naturalización de la disidencia, su conversión en *insalubridad,* convierte en castigo en una terapia, la dominación en una depuración, la ejecución en un acto de higiene. Al mismo tiempo, la cohesión nacional se realizaba sobre la base de la salud, del prestigio de ser *social*, de ser un "buen alemán", carente de los derechos políticos constitucionales que había concedido la democracia, pero en posesión de una identidad convertida en el auténtico derecho.

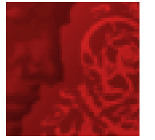


28. La formulación de esta posesión o pérdida de derechos se produce, en un estado racial, por la vía de la serie de operaciones de control, tutela y represión sanitarios ofrecidos por los poderes públicos, que representan los derechos superiores de la comunidad en una tarea prioritaria. La salud de cada individuo no es ya un tema personal o un aspecto de la solidaridad y la protección del Estado. Es un asunto que incumbe a toda la comunidad porque ésta desea realizar un proceso de purificación. Tal dinámica, que irá siendo cada vez más dura a medida que el régimen se consolida y, en especial, en los años de la guerra mundial, parte de la legitimación del poder absoluto de la ciencia, de su capacidad de diagnóstico infalible y del derecho a usarlo como base de acciones legales, como las decisiones de esterilización, o clandestinas, como la "eutanasia" administrada por las oficinas de Tiergartenstrasse número 4. En cualquier caso, el secreto o la publicidad no desvirtúan lo fundamental de una práctica que, incluso cuando es silenciada, tiene elementos de legitimidad profunda a ojos de sus autores, por establecerse en el seno de una comunidad que se identifica con criterios raciales radicales: es decir, no sólo los de la observación de la desigualdad de base genética, sino los de las prácticas de lo que Peukert llamó un *pesimismo eugenista*, más destinado a *evitar* la reproducción e

incluso la supervivencia que a *estimular* el nacimiento de nuevos seres sanos. En un ambiente cultural tan infestado de consideraciones arbitrariamente científicas, que iban adquiriendo cada vez más elementos de subjetivismo, prejuicio y puesta al servicio de las necesidades del régimen, la construcción de la imagen de lo *asocial* suponía -en contacto con tradiciones jurídicas y biológicas con docenas de años de existencia- la determinación de una pertenencia y de una exclusión. Ambos factores resultan complementarios en un proceso de consolidación del sistema por la vía de su depuración. No sólo porque permite la liquidación del disidente, sino porque proporciona un criterio de respetabilidad y autoestima a quienes son considerados miembros de pleno derecho de la comunidad, de la raza, del pueblo: es decir, asegura un elemento de inclusión. Aun cuando pueda parecer una afirmación desorbitada, que se extrema aquí para reforzar lo que interesa señalarse, lo que va en el primer *momento* ideológico no es la extrañeza, la designación de los adversarios raciales, sino su contrario: la inclusión de los *Volksgenossen.* El segundo momento es, aunque aparezca casi simultáneamente, la apreciación de los *Gemeinschaftfremde*, su clasificación en cualquiera de las categorías que autoriza su esterilización o su segregación de la comunidad, pasando a instalarlos en los espacios cada vez más definitivos de los campos de concentración o recluyéndolos en zonas reservadas para su vida aislada, como ocurrirá con los gitanos o con los judíos. Lo que importa, cuando hemos establecido tan frecuentemente el carácter deplorable de esa expulsión del *mundo* –pues de eso se trata, antes de que pueda procederse a la matanza-, es cómo tal ejercicio de ostracismo radical, que afecta al propio cuerpo y capacidad reproductora de las personas afectadas, se convierte en un factor de asunción de una vida plena por quienes están a salvo. Cómo la mutilación deviene posesión completa de la propia potencialidad, cómo la vida *entera* en su sentido más elemental se convierte en un *privilegio*, en la medida en que *otros* no la tienen. De qué manera el acto de reproducción admitida y estimulada por la comunidad pasa a ser un hecho público en el que se reconoce la pertenencia al grupo de los sanos, de los puros, de los superiores, estableciendo así una forma de retribución afectiva que se suma a las condiciones de éxitos económicos del régimen, atenuando sus fracasos y poniendo en primer lugar, a primera vista, la satisfacción de las aspiraciones más elementales de los miembros reales del *Volk.* Esas nuevas relaciones sociales no son, por tanto, un tema que flota en el etéreo mundo de las valoraciones morales o de las consideraciones metafísicas. Acercarse a estos elementos, a su legitimidad, al apoyo o normalización que obtuvieron, supone comprender un área indeclinable de la cohesión alcanzada por el régimen, así como un aspecto que suele desdeñarse de una oposición silenciada, humillada como sólo podía hacerse en una comunidad organizada de acuerdo con criterios raciales. En ella, la esterilización alcanzaba los rasgos de un estigma cruel, que reducía a las víctimas a una automarginación, a la aniquilación de su dignidad, al vaciado de su conciencia de individuo con derechos iguales a los otros, aunque hubieran sido revocados temporalmente. Arrebataba, como ninguna otra opción ideológica, como ninguna otra forma de poder, el camino que lleva a la esperanza. Y lo hacía con el contraste del entusiasmo de sus partidarios numerosos, de los millones de personas que, a pesar de haberse formado en los valores de la democracia, creyeron en su inversión más profunda, no sólo en su limitada cancelación. Ahí residió el horror. Ahí reside aún el peligro.

29. La buena disposición de las elites económicas procedió de la funcionalidad del racismo en la nueva organización del trabajo y en la manipulación de los problemas sociales. Weimar había ofrecido un modelo de cohesión que los industriales aceptaron por el riesgo mayor de una radicalización del poderoso S.P.D., pero que esperaron alterar en cuanto las condiciones se hicieran más propicias, algo que ocurrió con la quiebra del modelo socialdemócrata a comienzos de la década de los treinta. Tales gerentes de la industria entendieron muy pronto que las salidas meramente reactivas no bastaban. Entendieron lo que una tradición historiográfica no ha deseado o soportado ver: que el nazismo, es decir, la comunidad de sangre, podía resultar

operativo para la organización del trabajo en una sociedad industrial avanzada. La Ley Fundamental de 1934, tal como lo demostró en un célebre trabajo Tim Mason, al comentar el debate sobre arcaísmo y modernidad en la Alemania nazi, utilizaba un lenguaje arcaico para construir las formas más avanzadas de disciplina laboral. Las diversas regulaciones del Frente Alemán del Trabajo, las agencias destinadas a crear un ambiente distendido, a ofrecer una propaganda obrerista, a dar premios de buena conducta, a proporcionar alegres viajes, no eran simples ornamentos de una política de represión. Eran partes esenciales de una neutralización de la lucha de clases, que necesitaba destruir la posible resistencia de un movimiento obrero nutriente de las mayores organizaciones socialistas de la Europa central y occidental. Y se fundamentaban en la capacidad de reproducir, a escala, la *Volksgemeinschaft* en una *Betriebsgemeinschaft*, cuyos rasgos de organismo celular habían de preservarse de toda interrupción, disidencia o indisciplina. No siempre se consiguió la adhesión, pero se redujo la oposición a formas suaves de absentismo laboral, mientras los irreductibles, quienes trataban de restaurar la autonomía de la clase, eran rápidamente enviados a campos como Dachau. La superación del desempleo fue un mecanismo que actuó, al mismo tiempo, como factor de crecimiento económico, cumplimiento de una superioridad del Tercer Reich frente a la catástrofe social de la democracia y como satisfacción de la primera reivindicación de los trabajadores destrozados por el paro. Esa victoria puede ser matizada recurriendo a las cifras de paro encubierto, como el que podía representar la expulsión de la mujer del mundo del trabajo; pero se trató de un éxito sobre todo porque se percibió como tal. En la tradición cultural alemana, en la memoria colectiva, las generaciones de la postguerra, especialmente los miembros de una zona gris formada por quienes habían vivido en el régimen sin entusiasmo ni oposición, recordaban complacidos la derrota del desempleo y la espectacular recuperación de la potencia económica del país. Tim Mason ha resaltado el empeoramiento de los salarios; Richard Overy ha considerado los efectos de una coyuntura favorable; Harold James ha denunciado el carácter bastante tradicional y poco “revolucionario” de las medidas adoptadas por el régimen en los años de restauración de la economía tras la catástrofe de fines de los años veinte. Sin embargo, lo que importa es el impacto de una comparación: el recuerdo de una democracia devastada por la crisis, por un desempleo interminable, por la quiebra moral que éste supuso, y el presente de un avance hacia el pleno empleo, la mejora de las magnitudes básicas de la economía y la sensación de una regeneración nacional. Todo ello verificaba las promesas hechas por Hitler a mediados de 1933. Todo ello proporcionaba legitimidad al conjunto del proyecto racial.



30. La consolidación económica se realizó, así, en un marco comunitario biologista que parecía corroborar las apreciaciones de los industriales que convocaban, desde comienzos de siglo, certámenes literarios para premiar trabajos que observaran la “solución” de la cuestión social desde el punto de vista del racismo. La dinámica de la economía de guerra pudo proporcionar, al mismo tiempo, la imagen de una colaboración de clases que mantenían su propia especificidad, a través de una renovación constante del pacto productivo, pero también puso las bases de un mito desarrollista, racionalizador de la producción a través de una imagen de comunidad de trabajadores, cuya desigualdad funcional nada tenía que ver con el antagonismo de clase. La forma más audaz de construir esa *imagen* puede hallarse en reflexiones sobre organización –y, por tanto, disciplina- de las relaciones laborales realizadas por algunos magnates de las nuevas formas de producción, especialmente la fordista. Pueden hallarse también, en recursos de una utopía industrial tan frecuente en la ciencia-ficción contemporánea, en la que desaparece el productor activo, que es deshumanizado y sustituido por un modelo robótico, desalmado, pieza de la maquinaria más que dueño del ingenio. La casta de ingenieros, técnicos, planificadores y empresarios se convierte en una clase dominante en un sentido mucho más *impresionante* de lo que podían haber sido los primeros capitanes de la

industria. Pasan a adquirir los rasgos de un grupo selecto dentro de la raza, una especie de grandes reproductores, capaces de asegurar el alimento a los menos dotados, de rastrear los beneficios, de organizar la caza de plusvalía, de otear las posibilidades de reinversión, de delatar las presas fáciles de la demanda. Esa autopercepción va construyéndose en la teorización de una nueva cohesión fabril, una *racionalización* que busca la eficiencia, de la misma manera que se busca la fuerza, el poder, la voluntad, la pureza. Se trata de una cuestión de aumento de beneficios, sin duda. Se trata de los recursos para incrementar la explotación. Pero es, además, la edificación de una forma de poder, de un *escenario* de dominio que se hace también forma estética, en la filmografía futurista de Weimar.

31. Si el nazismo se establece como una vía de modernización no sólo tecnológica, sino también ideológica, gracias a la construcción de factores de persuasión comunitaria en que se basa el ejercicio de la exclusión y de la explotación, no ocurre en menos medida en lo que suele presentarse como el aspecto arcaico del proyecto nazi: el antisemitismo y el cumplimiento del Holocausto. Se trata de un tema que debe reflexionarse con delicadeza extrema, con una especial cautela, por haber consistido en una forma *específica* de expulsión de la comunidad y de exterminio. No de *una forma cualquiera*, fácilmente sustituible por otro chivo expiatorio. Pero, al mismo tiempo, el proyecto racial no se reduce, ni siquiera en su aspecto de masacre, a los judíos. Esta doble advertencia no facilita la interpretación, pero nos pone en el camino de una verdadera comprensión de lo que sucedió, tratando de devolver a las víctimas lo que merecen: la causa de su muerte, siempre oculta bajo la retórica de los “excesos”, de los “errores”, de los “abusos” de autoridades inferiores o de la patología de los dirigentes máximos del régimen. Es una operación delicada porque *devuelve* Auschwitz a la historia de nuestra cultura. No lo hace una parte *necesaria* en una especie de fatalismo retrospectivo, sino una posibilidad que se convirtió en hecho, procediendo de una dinámica de opciones y oportunidades, de proyectos ideológicos y de urgencias de coyuntura. Es un análisis áspero, porque recalcar la calidad de unos seres en los procedimientos terminales del nazismo no es
arrebatar importancia a la muerte de otros, no implica de ninguna forma establecer una nueva clasificación valorativa, que llegue a despojar de dignidad a los que no fueron asesinados como judíos, sino como simples *Untermenschen* eslavos, o como gitanos, o como homosexuales, comunistas, socialdemócratas o católicos. Algo que parecería reiterar la normativa misma de las autoridades del Tercer Reich. Debe afirmarse, por tanto, que la exclusión básica se refiere a aquellos individuos que se consideran defectuosos o infrahumanos. Pero que una exclusión necesaria como forma específica de hallazgo de *lo opuesto* se encuentra en la *imagen* del judío. Pues de eso se trata: no sólo de los judíos, sino de *lo* judío, es decir, de una figura, de un tipo ideal, de un símbolo con todos los atributos que hacen de él lo contrario a la comunidad de sangre. Sus valores, sus horizontes ideológicos, su ser mismo son una inversión, un reflejo del ario que debe ser recluido en el otro lado del espejo, en una vida paralela y virtual, o llevado al territorio de la muerte, cuya extranjería se pensará como vitalidad de la nación.

32. Los debates entre los historiadores han ido pautando una discrepancia fundamental, basada en el principio del prejuicio tradicionalista o de la aplicación pervertida de la ciencia. Uno de los últimos trabajos de Detlev Peukert llevaba por título, precisamente, *La “solución final” desde el punto de vista del espíritu de la ciencia.* La reflexión del historiador alemán tan prematuramente desaparecido introdujo otra vuelta de tuerca en las consideraciones de la historiografía funcionalista, para la que el holocausto era el resultado de una dinámica propia de la competencia entre las diversas autoridades del Tercer Reich, arrebatándo al genocidio un sentido lineal, teleológico, que se iniciaría en la fundación del partido y, antes de eso, en la cultura *völkisch*. Lejos de extraerlo de la ideología nazi, Peukert hacía del exterminio una parte precisa de una degeneración del biologismo político, una versión pesimista de los avances de la

ciencia que, como antes se ha indicado, se expresaba en la preferencia por depurar en un sentido negativo frente a la de mejorar la salud del grupo. Con ello, se planteaba una nueva síntesis interpretativa entre funcionalismo e intencionalismo, permitiendo la superación del debate entre quienes se inclinaban por un examen de la compleja maquinaria caótica del nazismo y quienes se orientaban a creer en el papel de la ideología hitleriana como elemento primordial en las decisiones políticas. Saul Friedländer ha señalado, además, que las investigaciones más recientes han ido permitiendo superar otra dicotomía: la que separaba a quienes contemplaban el racismo antisemita como un factor mítico arcaico y a aquéllos que veían en el exterminio sólo su aspecto de modernización, al establecer el peso de las tradiciones neorrománticas antisemitas en la población alemana; una memoria de prejuicio heredado y transmitido que hizo posible la divulgación de su aspecto moderno.

33. Los ya innumerables trabajos sobre el Holocausto han ido señalando el ritmo al que el régimen fue sometiendo la represión de los judíos, desde los primeros decretos de separación de la función pública, al poco tiempo de establecerse el nuevo gobierno, hasta la aceleración del desalojo de cualquier actividad económica y la reclusión de los en zonas especiales, tras los acontecimientos de 1938, pasando por las leyes de Nuremberg y por las sucesivas ordenanzas que iban limitando el oxígeno social de los judíos. Importa, sin embargo, considerar la forma en que, además de insertarse en unas necesidades cambiantes del régimen –como han descrito perfectamente autores como Burrin o Graml-, a fin de medir el *proceso* antisemita, la *fabricación* del judío como condensación del *otro* absoluto pudo asegurar un relieve ideológico, también estético, a la configuración de la comunidad. La construcción del judío no se hizo sólo con criterios morales o económicos, sino con referencias a un ideario de belleza y autenticidad. Es obvio que, en toda sociedad racial, donde la valoración del cuerpo resulta un aspecto crucial, al *mostrar* éste la rectitud, la pureza, la salud y la pertenencia, debía *caricaturizarse* al judío, haciendo de su apariencia física un elemento desagradable, ajeno, corrupto: un escenario de su carácter. Una cultura que venera la fuerza, la violencia, el poder, incluso cuando sus individuos no ejercen esos atributos personalmente, tiene que fijar una imagen del judío que es, en primer lugar, una forma. Su contenido tiene que manifestarse en unos rasgos coherentes con esa penumbra orgánica y espiritual donde reside el vicio de una raza peligrosa, contaminante, que anhela la destrucción de la propia pureza. El judío no es alguien, sino un artefacto ideológico. El problema para los judíos alemanes, orientales o de cualquier lugar de la Europa ocupada durante la guerra fue la necesidad de que, por la propia esencia de una comunidad racial, ese concepto tuviera que concretarse en personas determinadas, muchas de las cuales ni siquiera se consideraban judías *en primer lugar*. Su drama fue *ser convertidas* en la idea del judío que se hacían los nazis para poder seguir el camino que se les había asignado.



34. En sus recuerdos sobre Auschwitz, Jean Améry señala los problemas que podía tener un intelectual en el campo. La experiencia concentracionaria podía resultar más llevadera para los delincuentes comunes, acostumbrados a una arbitrariedad permanente, a la supervivencia, a defender su comida, a la violencia desesperada de los presos que reiteraba la suprema violencia del espacio penitenciario. Para el intelectual, la búsqueda de algún sentido resultaba una tortura atroz, que procedía de la incomprensión de las intenciones de los guardianes: "*El hombre de espíritu se resistía más que sus camaradas no intelectuales a ponerse siquiera al corriente de aquellas circunstancias inimaginables. La costumbre, adquirida tras un largo entrenamiento de cuestionar las apariencias de la realidad cotidiana, le impedía la mera aceptación de la realidad del campo, pues ésta se oponía con demasiada rotundidad a todo cuanto hasta el momento había considerado posible y exigible respecto al ser humano. En libertad sólo había tenido trato con gente abierta a la argumentación respetuosa y racional, y no parecía dispuesto a comprender e absoluto una verdad harto sencilla, a saber: que frente a él, es decir, frente al*

prisionero, las SS empleaban una lógica del exterminio que en sí misma operaba con tanta coherencia como en el mundo exterior la lógica de la conservación de la vida. Se debía mostrar siempre un afeitado perfecto, pero la posesión de adminículos para afeitarse estaba severamente prohibida y sólo se permitía ir al barbero una vez cada catorce días.” . Dejemos a un lado la reticencia que puede causarnos la distinción entre gentes de espíritu y gentes “poco cultivadas”, que podría tener una secuencia de valores inadmisibles, aunque la delicadeza de Améry resuelve el tema por una simple elección de campo de su propia experiencia, sobre todo al señalar la absoluta falta de utilidad de los intelectuales en el trabajo necesario a los SS, o el carácter superfluo del conocimiento filosófico cuando se sufre un dolor físico. Hemos citado a Améry para considerar un aspecto esencial de su experiencia, que no siempre llega a hacer explícita satisfactoriamente: la realización del proyecto nazi en la degradación del preso. No se hace referencia aquí a lo que es más usual, es decir, la soberbia abyecta con que podía contemplarse la progresiva reducción de las víctimas a seres precarios, al límite de sus fuerzas, camino de abandonarse como los “musulmanes”. Se trata de algo, quizás, más terrrible: la verificación del materialismo biológico del nazismo al hacer de sus prisioneros un mero cuerpo, un conjunto de órganos que responden solamente a las funciones elementales, carne que sólo desea cumplir con sus necesidades primarias, vida desnuda, originaria. En sus propias víctimas, los nazis construyen un ente biológico que es sólo eso, que se pretende rebajar a sus operaciones mínimas de supervivencia, a la satisfacción pura de la alimentación, de la defecación, del apareamiento, así como a una noción cada vez más desmoralizada de sus frustraciones: el hambre, la sed, el miedo. El dolor, claro está, y una conciencia pura del dolor que establece *la primacía del cuerpo*. El dolor no se comunica, se padece, no se expresa más que en aullidos, de una forma animal, hasta que el abandono lo convierte a uno en *cosa.* De la persona al cuerpo, del cuerpo a la materia inerte y, al final, la extinción marcada por la desnutrición, por la enfermedad voraz a la que ninguna defensa corporal se opone, o el asesinato en las cámaras selladas. Poco después de la masacre, Thomas Mann escribía el prólogo a la edición alemana de unos relatos de Dostoyevsky. En buena medida, la reflexión del escritor se refería al valor de la vida humana y a la creatividad procedente de un estado enfermizo, aplicando esta consideración a la obra de Nietzsche y a la del novelista ruso. En ambos casos, Mann exaltaba aquella existencia en el infierno vital de la que había brotado la capacidad de comprender las fuerzas íntimas del Mal, la autenticidad de la existencia y el verdadero sentido de la salud moral: *“Me interesa (...) el fenómeno de la enfermedad como grandeza o de la grandeza como enfermedad –es la diferencia de las perspectivas bajo las que puede considerarse la enfermedad: como reducción de la vida o como exaltación de la vida. Ante la enfermedad como grandeza o la grandeza como enfermedad, el mero punto de vista médico se demuestra pedestre o insuficiente, o al menos unilateralmente naturalista: el asunto tiene su aspecto espiritual y cultural, que tiene que ver con la vida misma y su exaltación, su progresión, y sobre el que el simple biólogo o médico entiende poco. Digámoslo claramente: un humanismo madura o se recompone a partir del olvido, que arranca el concepto de vida y de su vigor de las manos de la biología, que cree tener un derecho especial y exclusivo sobre él, y se compromete a administrarlo de una manera más libre, también más piadosa, y sobre todo más acorde con la verdad. Porque el ser humano no es un ser exclusivamente biológico.”*

35. Los judíos constituyen una zona especial en que el proyecto nazi puede sintetizarse. No en vano, después del fracaso de la ofensiva en Rusia y de la entrada de los Estados Unidos en la guerra, que marcan el principio del fin del Tercer Reich, la Conferencia de Wannsee organiza con meticulosa eficiencia el traslado y masacre de los judíos de toda Europa, reglamentando las operaciones que se habían ido realizando desde la ocupación de Polonia de una forma más o menos sumaria. Los judíos pasan a ser un cliente especial del proyecto de exterminio, distintos a la muchedumbre de prisioneros soviéticos fusilados, dejados morir de hambre y frío, muertos

por exceso de trabajo y falta de nutrición, por malos tratos reiterados. Son algo distinto, incluso, a la complicada relación con los gitanos, que fascinaban a Himmler por su pureza, pero que acabarán siendo minuciosamente clasificados y llevados al exterminio tras años de marginación y aislamiento que aprovechan viejas leyes emitidas por la misma democracia de Weimar. En Auschwitz, en Chelmno, en Sobibor, en Treblinka; en lo que, para abreviar, hemos venido llamando Auschwitz a secas, inculcando a la palabra un significado universal, la carga de un concepto y no sólo la referencia a un lugar, se levanta un monumento a la libertad y a la vida. La libertad del verdugo a través de la muerte de su víctima. La vida de la comunidad, desinfectada de sus elementos patógenos. Esa masacre industrializada, que se combina con la continuidad de la producción, a poca distancia de los campos, utilizando la mano de obra que será extinguida en las cámaras de gas; ese crimen masivo se realiza con un orden limpio, con una eficacia burocrática que no excluye el sadismo de algunos, pero que se escenifica en el sórdido ambiente de una esterilización. Si en el estadio de Nuremberg se manifiesta el espectáculo de la adhesión concreta y simbólica a la comunidad, en Auschwitz se expresa una forma más ardua de depuración, que define la suerte de los excluidos para poder distinguir el destino de la comunidad. Ese macabro edificio que fabrica la muerte con la misma eficiencia con que la IG Farben fabrica mercancías, a escasos kilómetros, es contemplado por quienes han entendido el fascismo como la consumación de su fuerza, como el ejercicio de su voluntad. La muerte de Dios decretada por Nietzsche y asumida por Heidegger levanta la soledad de un pueblo libre, sólo determinado por la raza que posee y que le posee. La destrucción es su primera forma de creación, de dotarse de significado, de cobrar la imagen de su poder. Su dominio extremo sobre la vida y la muerte convierte a ese pueblo en un dios moderno, provisto de la tecnología y de las razones ideológicas que no sólo le permiten recurrir al Holocausto, sino que se lo exigen como cumplimiento de su tragedia.



36. Las razones de oportunidad establecidas por Christian Gerlach; los análisis sobre la política económica del exterminio que ha desarrollado Götz Aly; la brutalización del frente oriental como “entrenamiento” y marco propicio tan convincentemente señalado por Omer Bartov; todos estos criterios han permitido iluminar aspectos concretos de las condiciones que pudieron dar ritmos precisos al proceso. Moshe Postone ha planteado incluso la relación entre el concepto marxista de “fetiche”, de abstracción de relaciones sociales, y el uso del judío como concreción de un anticapitalismo romántico, que los nazis resuelven en el Holocausto como destrucción del capitalismo financiero: *“La fábrica capitalista es un lugar donde se produce valor, producción que, “desgraciadamente”, debe tomar la forma de una producción de bienes. Lo concreto se produce como apoyo necesario de lo abstracto. Contrariamente a lo que se cree, los campos de exterminio no eran la versión del horror de esa fábrica; más bien es preciso ver en ellos la negación ‘anticapitalista’ grotesca, aria, de ésta. Auschwitz era una fábrica de ‘destruir valor’, de destruir las personificaciones de lo abstracto. Su organización era la de un proceso industrial diabólico cuyo objetivo era ‘liberar’ lo concreto de lo abstracto. El primer paso para hacer realidad ese objetivo consistía en deshumanizar a los judíos, es decir, arrancarles la ‘máscara’ de humanidad para mostrarlos tal como ‘eran realmente’, sombras, cifras, abstracciones. El segundo paso consistía en exterminar esas abstracciones, en transformarlas en humo, pero también en intentar recuperar sus últimos vestigios de ‘valor de uso’ material y concreto, los vestidos, el oro, los cabellos, el jabón”*. Una tesis fascinante, que niega las consideraciones de los funcionalistas al resaltar la especificidad de los judíos, aunque establece un nuevo funcionalismo de base no estrictamente racial. Sin embargo, este funcionalismo debe comprender, además, esa función estética –en su sentido más hondo y terrible- que cumplió Auschwitz, no sólo como simulación o ficción plástica, sino como escenario visual, como espacio de expresión de una relación de dominio absoluto, como diálogo entre la vida y la muerte, como dependencia donde se acumulan los recursos de seducción, no

sólo los de náusea, del Tercer Reich. La comprensión de ese factor de instrumento cultural que posee el campo se adapta a su carácter distinto a cualquier forma de régimen penitenciario anterior, a sus rasgos específicos, distintivos, al convertir ese trabajo en una *obra invertida*: no se trataba de dar vida a las cosas, de construir sobre la materia una forma humana, de edificar belleza, sino de todo lo contrario. La realización más radical del fascismo consistía en convertir en materia el espíritu, el cuerpo en cosa, la vida en muerte. Un acto que debía reiterarse todos los días porque, más allá de sus objetivos, tenía un sentido propio en su misma secuencia. Una toma de posición en el mundo, una adquisición de conciencia de poder, de inimaginable dominio sobre la totalidad. Esa era la utopía fascista. Sólo el nazismo pudo llevarla hasta sus últimas consecuencias. Por ello, los esfuerzos revisionistas para arrebatar la lógica del nacionalsocialismo, por la vía de negar la eficiencia de las cámaras de gas, burlan el sentido íntimo del régimen que trata de edulcorarse. Además, establecen una línea imaginaria que se detiene a las puertas de los barracones homicidas, cuando la vida misma en el campo, al margen de lo que pueda ocurrir en los espacios de esa muerte ritual, forman un aspecto de la misma liturgia, provocan la muerte de otra forma, buscan la degradación, el despojo, la aniquilación de una vida auténtica. La *Vernichtung*, la conversión en nada de *los otros* ha empezado mucho antes de que se cruce el umbral de la última morada, antes de que se abra la espita y el gas acuda a provocar la suprema agonía.

Bellaterra, diciembre 2002